

# El made in Italy: del negocio medieval a la tecnología industrial

---

STEFANO ZAMAGNI

1. Para comprender por qué la Italia moderna ha podido destacarse como el país de las pequeñas empresas y de la producción creativa en pequeña escala, es menester remontarse bastante atrás en el tiempo, a aquellos primeros siglos del segundo milenio después de Cristo en los cuales Europa comenzó a reorganizarse luego de la caída del imperio romano y las invasiones bárbaras. Pero aún antes, es necesario hacer mención de la verdadera revolución radical de la concepción del trabajo que se produjo dentro del monaquismo italiano, una revolución que está felizmente sintetizada en la célebre regla de San Benito *ora et labora* (estamos en el siglo VI). Como sabemos, el trabajo era visto en la antigüedad, incluyendo la romana, como atribución y función típica del esclavo. Al hombre libre le correspondía la guerra — es decir una actividad humana típicamente de suma cero. Fue así como el progreso material de la edad antigua, a pesar de llegar a un cierto desarrollo económico, encalló bien pronto, dado que los que trabajaban no eran cultos y los que eran cultos no trabajaban. En el interior de semejante concepción, ciertamente, no podía dispararse aquella chispa creativa que lleva al hombre culto a reflexionar acerca del sentido del trabajo y a buscar, por tanto, las soluciones más eficientes y eficaces a los problemas que el mismo trabajo presenta. La intuición genial de San Benito reside precisamente en esto: en aclarar que no era impropio del hombre culto trabajar sino que, al contrario, esto era requerido por una correcta interpretación de la vo-

luntad divina. Así, Benito acabó fundando el más potente esquema de incentivo que impulsó al reestudio de los antiguos con un ojo afinado para ver las aplicaciones prácticas. Se retomaron entonces aquellos avances técnico-científicos que ya habían sido descubiertos, llegándose luego a superarlos, e inventando una ciencia nueva y nuevas aplicaciones prácticas. De este modo, con el correr del tiempo, la imponente evolución tecnológica que se registró entre los siglos XI y XVIII siguió estando basada en la ciencia de los antiguos.

Dentro de esta revolucionaria concepción del trabajo, Italia gradualmente desarrolló, entre el siglo XI y el XVI, aquella cultura civil por la cual es justamente famosa en el mundo, una cultura que presenta precisamente las características por las que se destaca el *made in Italy*. Sobre todo, la cultura civil se distingue de otras formas de cultura por lo que podríamos llamar, usando un término contemporáneo, democracia participativa. Una democracia que por ciertos lapsos recurrentes ha dejado también espacio a gobiernos autocráticos, pero que de todos modos ha ratificado la deseabilidad del autogobierno y ha afirmado la responsabilidad colectiva en la gestión del territorio. Si bien en muchos casos podían tratarse de pequeñas poblaciones, eran en realidad ciudades ya que exhibían la siguiente estructura típica: la plaza (entendida como *ágora*, o espacio de las decisiones públicas), la catedral, el palacio de gobierno, el palacio de los comerciantes y de las corporaciones, el mercado (entendido como lugar en el cual se reali-

zaban las contrataciones y los intercambios), los palacios de los burgueses ricos, y las iglesias donde tenían su sede las confraternidades. Era en estos lugares, no tanto en el sentido de tipos-ideales, sino en el más concreto sentido físico, donde se cultivaban aquellas "virtudes cívicas", que estaban y siguen estando en la base de la sociedad civil. Pensemos por ejemplo en el ejercicio de la coordinación en grupo para la solución de los problemas a través de la creación de órdenes profesionales y de instituciones asociativas. No hay que olvidar que la precursora de la misma sociedad por acciones fue originariamente inventada en Italia, más precisamente en Venecia: se trata de la "*commenda*". ¡Y pensar que todavía hoy los estudiantes universitarios italianos de las disciplinas económicas se forman con textos que enseñan que las instituciones fundamentales de la economía de mercado tienen origen en la revolución industrial y encuentran su matriz cultural en la reforma protestante, como afirma la conocida tesis de Max Weber!

Para observar una de las instituciones que fue creada más rápidamente hay que remontarse a la organización del trabajo manufacturero, una organización que preservaba y aumentaba la calidad de los productos. Me refiero a las corporaciones de las artes y los oficios, cuyo rol civilizatorio fundamental se está redescubriendo en la actualidad. A través de las corporaciones, fue puesta en práctica una formación sistemática para los nuevos aspirantes a través de la figura del aprendiz y del incentivo al mejoramiento con la demanda del "*capo-lavoro*". Todo ello con el objetivo de que al fin de la carrera se pudiera lograr la autonomía y poner el propio negocio. Ahora bien, fue por medio de las corporaciones que se desarrollaron prácticas de mejoramiento de la calidad, también se procedió a la introducción de estándares y al control de las medidas, disposiciones que aumentaron la confiabilidad y la transparencia de los mercados, y contribuyeron a disminuir en la misma medida los costos de transacción. En los siglos siguientes se exageró, con el "*vincolismo*" y fue por esta razón que en el siglo XVIII las corporaciones fueron desmanteladas. Pero esto sucedió después de haber sido introducidos en Europa algunos de los principios de fondo que son el sustrato del

moderno sistema productivo.

La economía de las ciudades italianas estaba constituida por artesanos y mercaderes, además de los marinos de las ciudades costeras. A los mercaderes les correspondió el rol de abrir los nuevos mercados, incluso los distantes (recordemos por ejemplo a Marco Polo). Hacia ellos se dirigieron los productos de la manufactura italiana y desde ellos se importó todo aquello interesante que tuvieran para ofrecer. Los mercaderes no sólo fueron los más activos sujetos de apertura cultural, sino también los más activos productores de innovaciones organizativas en el campo empresarial, como la mencionada "*commenda*", los seguros, la partida doble (sistematizada luego por el monje franciscano Luca Pacioli en 1494), el foro de los mercaderes, la letra de cambio, la banca, la bolsa. Todas realidades sin las cuales no se podría haber alcanzado un desarrollo industrial sostenible y extendido sobre el territorio.

En estas ciudades se afirmaron también dos dimensiones fundamentales para comprender las raíces del *made in Italy*. La primera fue la continua reinención del presente a partir del pasado. Fue sobre todo el Humanismo, movimiento típicamente italiano, el que señaló la dimensión hacia el futuro de las naciones y del conjunto de la civilización occidental. Los textos y los hallazgos de la civilización griega y romana fueron recuperados, reconstruidos filológicamente, interpretados y relanzados con nuevas finalidades, en las que los elementos del pasado y el nuevo sentido cultural se mezclaron tan armoniosamente como para producir las *modas nuevas*. La segunda dimensión fue la del mecenazgo y la del mercado de bienes durables de carácter artístico. Así, hubo primero un florecimiento de iglesias decoradas, cada vez más grandes y monumentales, que dieron comienzo al mercado de productos artísticos. Después, la nueva burguesía prosiguió con la construcción de los palacios públicos, fuentes y espléndidas residencias privadas, ampliando de este modo la demanda de los servicios de arquitectos, escultores, pintores, decoradores, constructores de muebles y jardineros.

Mientras tanto, también los vestidos se volvían más elaborados y bellos. Por otra parte, el desarrollo de la cerámica y los cubiertos (otra

invención italiana) llevó a estos productos casi a la categoría de obras de arte. El ingreso se invertía en bienes artísticos durables, diversificando considerablemente el uso exclusivo que de ellos se había hecho hasta entonces en servidumbre, vituallas, instrumentos de caza y de guerra. Llegados a este estado de cosas la tradición no sólo se formaba sino que se consolidaba. Sin embargo, muchos reveses debían seguir para que esta tradición pudiera revelar toda su potencialidad. De gran interés, en este sentido, me parece lo que escribe Benedetto Cotrugli en su tratado *Della Mercatura e del Mercante Perfetto* (de mediados de 1400). Al tratar de ilustrar la cualidad de la que debe estar dotado el emprendedor, Cotrugli no duda en afirmar: "Tengo paciencia de algunos ignorantes que desdeñan al mercader que es inteligente. Incluso llegan a mayor insolencia los que pretenden que el mercader debe ser inculto. Yo digo que el mercader no sólo debe ser buen escritor, ágil con los números y contador, sino también culto y buen retórico".

A partir de fines del siglo XVI las ciudades italianas comenzaron a declinar: perdieron gradualmente sus mercados europeos de desembocadura, no participaron de la competencia para asegurarse alguna colonia en el Nuevo Mundo, dejaron de ser innovativos desde el punto de vista tecnológico. Muchos son los estudios que han buscado explicar este estancamiento; los más acreditados hablan de una excesiva polarización en la distribución del ingreso; de cerrazón corporativa; de conflictualidad exagerada (las ciudades italianas estaban en un estado de guerra endémica entre sí y así dieron lugar a las conquistas por parte de ejércitos extranjeros); pero también de autocomplacencia. Pretendiendo haber ya adquirido la mejor cultura del mundo, los italianos dejaron de estudiar los cambios que estaban ocurriendo a su alrededor y de dedicarse a la renovación continua, encerrándose en su "buena vida". No se trató, por cierto, de una declinación absoluta, pero sí de una declinación relativa y de un retorno a la tierra, a través de la inversión de capitales burgueses en la campaña y la construcción de espléndidas residencias rurales (pensemos por ejemplo en las "villas vénetas").

Y así fue que, como escribió Carlo Cipolla,

Italia en la era de la primera revolución industrial inició su carrera de país subdesarrollado, perdiendo del todo la cita con este movimiento radical de la historia. Un país subdesarrollado particular que había mantenido, aunque no en todas partes, fuertes tradiciones artesanales, buenas universidades ligadas a la cultura europea, flujos comerciales con Europa (sobre todo la seda en bruto). Cuando las vicisitudes políticas permitieron al país unificarse, la nueva élite del gobierno se propuso renovar la estructura del país de modo de crear las precondiciones que hubieran podido iniciar en Italia un despegue industrial. Reforma de la escuela y de la universidad (con la creación de los politécnicos); reforma de las finanzas públicas (con Quinto Sella); construcción de infraestructura de transporte; reorganización del sistema bancario, estadísticas -verdaderas investigaciones científicas- sobre el estado de la agricultura, de las industrias, de la flota, de las cuales surgieron las intervenciones de apoyo más adecuadas. Largo y laborioso fue el trabajo de readaptación y reestructuración de la economía italiana hasta que, hacia fines del siglo XIX, se pudo asistir al despegue del célebre triángulo industrial.

Estábamos en plena época fordista. Italia supo en esta ocasión engancharse al tren de la segunda revolución industrial, pero sus industrias eran de muy pequeña dimensión, si se las compara con las de Alemania y Estados Unidos. El desafortunado período entre las dos guerras, en las cuales la economía mundial sufrió un notable revés y el país se encontró bajo una dictadura, sirvió para hacer dar a Italia un decisivo paso hacia el fordismo. Lo cierto, entretanto, es que las pequeñas y medianas empresas entraron en ese período en muchos sectores que enseguida se manifestaron cruciales para el *made in Italy*: de los azulejos a los zapatos, de las motos a las máquinas herramientas, de la industria automovilística a la alimentaria. El verdadero y propio florecimiento de la etapa fordista se produjo, en nuestro país, después de la segunda guerra mundial, con la reconstrucción que se realizó bajo la égida del Plan Marshall y de la cultura americana. Se inició así, no sólo en Italia, el proceso de americanización que es aún hoy el rasgo dominante de la época de la globaliza-

ción. Algunos éxitos, ciertamente, fueron alcanzados: la Fiat y la industria automovilística; la industria de los electrodomésticos; la petroquímica; el acero; la construcción naval. Pero fue pronto evidente que ésta no era la verdadera vocación del país: los desarrollos de grandes dimensiones no fueron adecuadamente proyectados, ni efectivamente conducidos; la fuerza de trabajo fue demasiado conflictiva; la carrera de competitividad, con el modelo americano primero y con el japonés después, nunca se pudo ganar.

Fue durante la desastrosa coyuntura de la mitad de los años 70 que se llegó a la conclusión de que el país tenía unos recursos hasta ese entonces no aprovechados. Su milenaria tradición manufacturera de calidad en productos altamente diversificados y confeccionados "a medida", nunca completamente muerta, subsistió incluso con gran vitalidad en algunas áreas. Esta vez, sin embargo, la tecnología venía en auxilio para exaltar tal tradición, proveyéndola por primera vez de un fuerte sustento técnico a través de la informática y las máquinas reprogramables. Los mercados, saturados de productos en masa, se orientaron hacia una demanda de productos más diversificados, casi personalizados. Pudimos entonces asistir a la consolidación del nuevo *made in Italy*, que se ha venido articulando en verdaderos distritos industriales de alta especialización y son la característica del modelo económico italiano.

2. ¿Cuáles son los mensajes, útiles para nuestros días, que podemos extraer de las breves notas anteriores? De tantos posibles, elijo dos en particular. El primero concierne al fuerte nexo entre sociedad civil y potencialidad de desarrollo de una economía.

Una importante línea de investigación historiográfica, iniciada en los últimos años en Italia por un grupo de estudiosos, ha puesto bajo la lupa el itinerario histórico de la que podríamos llamar la tradición del pensamiento de la economía civil. Se trata de una tradición que surge de los "humanistas civiles" del siglo XV y que se desarrolla, con éxito variado, hasta la reflexión económica del iluminismo italiano -la escuela de los economistas lombardos (C. Beccaria, P. Verri, G. D. Romagnosi) y

sobre todo la de los estudiosos napolitanos (P. D. Doria, F. Galiani, A. Genovesi).

De los autores del Renacimiento italiano, son dignos de nota los trabajos de Matteo Palmieri (cuyo ensayo fundamental, *Delle vita civile*, aparece en la mitad del decenio entre 1430 y 1440); de Leonardo Bruni (Canciller de la República de Florencia); Benedetto Cotrugli y Bernardino de Siena. Pero es sobre todo éste último a quién se debe una primera contribución orgánica sobre la modalidad de funcionamiento de la economía civil. En sus *Prediche volgari* de 1427, Bernardino de Siena desarrolla un argumento que, en lenguaje moderno, podemos exponer del siguiente modo.

Existen dos categorías de reglas morales, aquellas que pueden ser conceptualizadas en la forma de capital humano o reputación (un sujeto sabe que deberá incurrir en importantes costos personales en caso de transgredir una norma, dado que su reputación queda duramente puesta a prueba luego del acto inmoral) y aquellas cuya ejecutoriedad depende, por el contrario, de vínculos de naturaleza interna, vale decir, de la índole moral del agente. Son éstas las reglas morales que, causando un gran beneficio a la sociedad, pueden no aportar una ventaja directa a aquellos que la ponen en práctica. Se trata de todas aquellas reglas que minimizan o neutralizan los distintos comportamientos oportunisticos, del *free-riding* al *shirking*, que están en la base del mal funcionamiento del mercado. Tal dicotomía presenta un problema formidable. Mientras que para reproducir y hacer respetar las reglas morales de la primera categoría es suficiente un sistema coherente de leyes junto con una bien aceiteada máquina judicial y un esquema de incentivos externos bajo la forma de capital reputacional -en sustancia, una sólida economía privada-, para reabastecer a la sociedad del otro tipo de infraestructura moral es necesario intervenir sobre la estructura motivacional interna de los sujetos, vale decir, sobre su adhesión consciente a valores compartidos. En conclusión, es necesaria una robusta economía civil.

De allí se sigue que, desde una perspectiva temporal, la economía de mercado resulta sostenible sólo si ambas patas, la de la economía privada y la de la economía civil, están en con-

diciones de funcionar. Es éste el destilado del razonamiento de Bernardino de Siena, a quien conviene ceder ahora la palabra. En la prédica XXXVIII titulada "Acerca del mercader, del artesano y de cómo se debe ejercer el comercio", el citado escribe: "Pero para ser mejor entendido, yo te voy a referir lo que se debe considerar tanto para realizar como para servirse del comercio... Lo primero es que se debe considerar la persona que realiza el comercio. En segundo lugar, se debe considerar el ánimo del que [hace] el comercio. Tercero, se debe considerar el modo en que se hace el comercio. Cuarto, se debe tener en cuenta el lugar donde el comercio se ejerce. Quinto, se debe considerar el momento en que se ejerce el comercio. Sexto, se debe tener en cuenta la sociedad con quien se realiza el comercio. Lo séptimo, que agregamos, y que es de Scoto: "se debe ejercer el comercio para el bien común."<sup>2</sup> Más adelante concluye: "La tercera cosa necesaria para una ciudad o comunidad es que cada uno de éstos que ejerce el comercio puede y debe ganar, pero con discreción. Con esto entendido siempre, en aquello que tu ejerzas, no obrarás sino rectamente. No debes jamás usar ninguna malicia: no adular ninguna mercancía. Tú la debes hacer buena, y si no la sabes hacer, la debes dejar pasar, y dejarla hacer por otro que la haga bien, y entonces es lícita la ganancia."

En cuanto a la contribución de los iluministas italianos, lo primero a destacar es, más allá de las diferencias entre un autor y el otro, la insistencia común en la relacionalidad esencial de la persona, concebida como propio y verdadero asunto antropológico del que se desprende que los verdaderos recursos escasos de la economía son las relaciones interpersonales. Como ya se ha expresado M. Palmieri en su *Della vita civil*: "entre todos los seres el hombre es el más útil al hombre. No puede él esperar de otros aquellos bienes que solamente puede obtener de sus iguales", y como explícitamente precisó Giambattista Vico cuando, formulando la primera ley sobre la evolución de la sociedad, escribía que el inicio de la decadencia se verifica cuando los hombres no encuentran dentro de sí la motivación para ligar la propia vida a la de los otros (y no cuando comienzan a faltar los recursos materiales).

Romagnosi escribe en 1827: "La economía política en general debería significar el orden de la sociedad civil... el ilimitado deseo individual de enriquecerse es atemperado sin ser debilitado, por la acción incesante de la sociedad civil bien construida; de modo que si, por una parte, vemos el egoísmo y la intemperancia individual sin límites, por la otra vemos la participación y la equidad social." Siguiendo la misma línea argumental y, en cierto sentido, de modo aún más marcado, se mueven los estudiosos de la escuela napolitana. En particular es a Antonio Genovesi (*Lecciones de economía civil* de 1765) que se debe una de las primeras explicaciones del hecho de que el comportamiento económico del hombre es movido conjuntamente por disposiciones del ánimo y por incentivos materiales y, por tanto, en una sociedad auténticamente civil, no debe darse un ordenamiento institucional que favorezca, en la práctica, los comportamientos basados en los segundos a costa de aquellos fundados en los primeros. En otros términos, precisamente porque aquellos ideales son motivaciones cuya gratificación es diversamente legítima de aquella correspondiente a las motivaciones materiales, una sociedad que quiere llamarse civil, no debe a priori desalentar el crecimiento de los primeros con exclusiva ventaja de los segundos.

El segundo mensaje al que hacía referencia más arriba tiene que ver con la urgencia de superar las dos concepciones del mercado hoy dominantes. Por una parte, la visión del mercado como "mal necesario", es decir una institución que no se puede dejar de lado, porque es garantía de progreso y de éxito económico, pero que constituye siempre un mal del cual hay que tener cuidado y por tanto que se debe tener bajo control con la fijación de vínculos extrínsecos al mismo. Esta es en gran medida, la postura sostenida por los teóricos de la "tercera vía", según la cual es preciso mantener separada la esfera de la economía del resto de la sociedad y servirse de la primera como instrumento para realizar la segunda. Este es el sentido de la proposición central del documento suscripto por T. Blair y por G. Schroeder en Junio de 1999, "Europa, the third way": "Nosotros sostenemos una economía de mercado, pero no una sociedad de mercado". También,

"el estado no debe remar sino estar al timón." Y es también ésta la posición de autores como el francés Serge Latouche según la cual es necesario construir "nichos" dentro de los cuales realizar actividades económicas antimerchantiles. Desde el otro lado, encontramos la concepción del mercado (como se la entiende corrientemente, es decir, la concepción del mercado como mera economía privada) como medio para resolver el problema político. Se trata de una concepción plenamente en sintonía con el espíritu -y casi siempre con la praxis- del liberalismo clásico que, ciertamente, puede ser definido como la solución del problema político a través de medios económicos.

Soy del parecer que el desafío que hoy se debe encarar es el de ir más allá de estas dos visiones antagónicas del mercado, ambas limitadas y reduccionistas, aunque por distintas razones. Se trata, en efecto, de ir más allá de estas concepciones de la economía de mercado que divulgan las tradiciones del pensamiento liberal y marxista transmitidas desde mediados del siglo XVIII hasta la actualidad. Concepciones según las cuales el mercado es solamente extendible a la esfera de la empresa privada, vale decir, de la única organización que opera para apropiarse de la ganancia. El efecto más destructivo de la concepción restringida (y obsoleta) del mercado, es el de hacer creer que un comportamiento que se inspira en valores distintos de aquellos del auto-interés conduce inexorablemente al desastre económico. Fomentando y esperando lo peor de los otros, esta concepción termina haciendo surgir lo peor en nosotros. No sólo esto, también termina limitando enormemente el uso constructivo de disposiciones como la simpatía, la benevolencia, la reciprocidad, desde el momento que tal concepción considera estas disposiciones como si fueran cualidades meramente privadas del carácter humano, en vez de ligarlas al proceso de civilización que se da en la sociedad.

El horizonte hacia el cual dirigirse es más bien el de idear un modelo de mercado que pueda funcionar como estructura de la cual valerse para humanizar la economía. Considero humana una economía capaz de cumplir tres funciones relacionadas entre sí. Primero, el mercado es una institución capaz no sólo de producir riqueza de modo eficiente, sino tam-

bién de redistribuirla según algunos cánones de equidad fijados en el terreno político. Segundo, el mercado es el lugar en el que se puede operar en modo autónomo e independiente, incluyendo sujetos económicos que, sin tener el fin de apropiarse de la ganancia, son igualmente capaces de generar valor, es decir riqueza (la economía civil, precisamente). Tercero, el mercado es el espacio en el cual el consumidor es ciudadano, vale decir portador de derechos de cara no sólo al producto de la actividad económica -ya sean bienes o servicios- sino también de cara al proceso productivo que conduce a aquellos productos. Es un hecho que los consumidores de hoy prestan atención no solamente al precio más bajo a igual calidad. Desean también decir lo suyo acerca de las diversas tipologías de bienes y servicios que es posible producir. En gran parte, el consumidor de hoy no se contenta más con escoger dentro de un menú dado: quiere poder decidir también entre los menús posibles.

Como muchos estudios sobre el desarrollo económico italiano han puesto de relieve, el antedicho modelo de la "nueva competición" presupone, para su factibilidad, ya sea la disposición a cooperar de parte de los agentes, ya sea una densa trama de transacciones relacionales, la estructura de las cuales es muy similar a la que caracteriza a la economía civil. En verdad, es propiamente éste el secreto de la exitosa historia de nuestros distritos industriales, historia que, mientras no cesa de recibir atención creciente de parte de los estudiosos y empresarios extranjeros, suscita al mismo tiempo pesar por la dificultad de aplicarlo en otras partes, sobre todo en nuestra Italia meridional. Es un hecho ampliamente documentado que el modelo de la nueva competición en nuestra región se ha consolidado y ha florecido en aquellas áreas que, en el curso de los siglos pasados, han visto nacer y robustecerse fuertes lazos entre la sociedad civil y el mercado. Demasiado simplificador y reduccionista sería hablar, a tal propósito, de mera correlación o de simple coincidencia histórica.

3. Me place cerrar este ensayo recordando cómo el Renacimiento ha sido el resultado extraordinario de una síntesis admirable entre

"producción mercantil y producción artística". De ello nos da una bella confirmación, entre tantos, Matteo Palmieri, el cual alrededor de la mitad del Cuatrocientos escribió: "La vida humana sería tosca, inculta y semejante a la de las bestias" si no existieran esos hombres "industriosos" que son los comerciantes y los emprendedores.' Este fragmento me recuerda un pensamiento antiguo y, sin embargo, actual. Aquel pasaje de Ambrosio, quien veía en la cultura antigua dos movimientos: *nova semper quaere* ("buscar siempre lo nuevo") y *parta custodire* ("conservar lo que se ha conseguido"). Un proyecto cultural decae en su función si se limita a conservar y no se preocupa por buscar lo nuevo, de aprender la *res novae*. Pero también decae cuando, por seguir lo "nuevo", pierde el contacto o directamente corta sus vínculos con las raíces propias. Es preciso entonces reencontrar las vías para mantener unidos lo nuevo y las raíces, porque si es verdad

que las raíces sin lo nuevo se convierten en un obstáculo al desarrollo, es también cierto que lo nuevo sin las raíces corre el peligro de ponerse en el lugar de la paloma de la cual habla Kant en la *Critica de la razón pura*, cuando escribe: "La veloz paloma que en libre vuelo hien-de el aire del cual siente la resistencia, podría imaginar que podría hacerlo mucho mejor en el espacio vacío de aire". Pero moverse en el "espacio vacío de aire" conduce sólo a la utopía, esto es, literalmente, a "ningún lugar". No puede ser ciertamente éste nuestro destino, ni -en última instancia- nuestra aspiración.

<sup>2</sup> p. 1101

<sup>3</sup> p. 1138

<sup>4</sup> Citado en O. Nucci y F. Spinelli, op.cit., p. 280.